

indios, aunque tenía muchas mujeres. Fué dadivoso y muy franco con españoles, y creo que también con los suyos; ca si fuera por arte, y no por natura, fácilmente se le conociera al dar en el semblante; que los que dan de mala gana mucho descubren el corazón. Cuentan que fué sabio: á mi parecer, ó fué muy sabio, pues pasaba por las cosas así, ó muy necio, que no las sentía. Fué tan religioso como belicoso, aunque tuvo muchas guerras, en que se halló presente. Dicen que venció nueve batallas y otros nueve campos en desafío, uno á uno. Reinó decisiete años y algunos meses.

Los combates que unos á otros se daban.

Muerto que fué Motecuzuma, envió á decir Cortés á sus sobrinos y á los otros señores y capitanes que sustentaban la guerra, que les quería hablar. Vinieron, y él les dijo desde aquella mesma azotea que le mataran, que pues era muerto Motecuzuma, dejasen las armas y atendiesen á elegir otro rey y á enterrar el defunto; que se quería hallar á las honras como amigo. Y que supiesen cómo por amor de Motecuzuma, que se lo rogaba, no les había ya derribado y asolado la ciudad, como á rebelde y obstinada. Mas pues ya no tenía á quien tener respeto, les quemaría las casas y los castigaria si no cesaba la guerra y eran sus amigos. Ellos respondieron que no dejarían las armas hasta verse libres y vengados; y que sin su consejo sabrían tomar el rey que por derecho les venía, pues los dioses les habían llevado á su querido Motecuzuma. Que del cuerpo harían lo que de otros reyes muertos. Y si él quería ir á morar con los dioses y tener compañía á su amigo, que saliese, y matarlo hian. Y que mas querían guerra que paz, si había de estar en la ciudad. Y si se enojaba, que tenía dos males; ca ellos no eran como otros, que se rendían á palabras. Que también ellos, pues muriera su señor, por cuya reverencia no les tenían quemadas las casas y á ellos asados y comidos, le matarían si no se iba. Y una vez por una que saliese fuera, y que después tratarían de amistad. Cortés, como los halló duros, conoció que iba malo su partido, y que le decían que se fuese para tomallo entre puentes. Tanto les rogaba por el daño que recibía como por el que hacía. Así que, viendo cómo las vidas y el mandar consistían en los puños y tener buen corazón, salió una mañana con los tres ingenios, con cuatro tiros, con mas de quinientos españoles y con tres mil tlaxcaltecas, á pelear con los enemigos, á derribar y quemar las casas. Arrimaron los ingenios á unas grandes casas que cabe una puente estaban. Echaron escalas para subir á las azoteas, que estaban llenas de gente, y comenzaron á combatir; mas presto se tornaron al fuerte sin hacer cosa que dañase mucho los contrarios, y con un español muerto y otros muchos heridos, y con los ingenios quebrados. Fueron tantos los indios que al ruido cargaron, y apretaron en tanta manera á los nuestros, que no les dieron lugar ni vagar de soltar los tiros. Y los de aquella casa tiraron tantas piedras y tan grandes de las azoteas, que desbarataron los ingenios y los ingenieros. Y los hicieron volver mas de á paso en poco tiempo. Como los hubieron encerrado, cobraron todas las casas y calles perdidas y el templo mayor, en cuya torre se encastilla-

ron quinientos principales hombres. Metieron muchos bastimentos, muchas piedras, muchas lanzas largas y con fierros de pedernal, anchos y agudos. Y á la verdad con ninguna arma hacían tanto daño como con piedras, ni tan á su salvo. Era fuerte aquella torre y alta, segun ya dije, y estaba tan cerca del fuerte de los nuestros, que les hacía muy gran daño. Cortés, aunque con harta tristeza, animaba siempre los suyos, y siempre iba delante á las afrentas y peligros. Y por no estar acorralado, que no lo sufría su corazón, toma trecientos españoles, y va á combatir aquella torre. Acometióla tres ó cuatro veces y otros tantos dias; mas nunca la pudo subir, como era alta y había muchos defensores con buenas piedras y armas, con que por detrás le fatigaban mucho. Antes siempre venían rodando las gradas abajo heridos y huyendo, de que orgullosos los indios, seguían los nuestros hasta las puertas del real. Y los españoles iban de cada hora desmayando mas, y muchos murmurando. Estaba su corazón con estas cosas cual pensar podeis. Y porque los indios, con tener la torre y victorias, andaban mas bravos que nunca, así por obras como de palabras, determina Cortés salir, y no tornar sin ganarla. Atóse la rodela al brazo que tenía herido; fué, cercó y combatió la torre con muchos españoles, tlaxcaltecas y amigos; y aunque los de arriba la defendieron recio y mucho, y derribaron tres ó cuatro españoles por las escaleras, y vinieron muchos á la socorrer, la subió y ganó. Pelearon allá arriba con los indios hasta que los hicieron saltar á unos petriles ó andenes que tenía la torre al rededor, un paso anchos ó mas; los cuales eran tres, y uno mas alto que otro dos estados, ó conforme á los sobrados de las capillas. Algunos indios cayeron al suelo por saltar de uno en otro, que allende del golpe llevaban muchas estocadas de los nuestros, que abajo quedaron. Españoles hubo que, abrazados con los enemigos, se arrojaban á los petriles y aun de uno en otro, por los matar ó echar al suelo; y así, no dejaron á ninguno vivo. Pelearon tres horas allá arriba; que como eran muchos indios, ni los podían vencer ni acabar de matar. En fin, murieron todos quinientos indios como valientes hombres. Y si tuvieran armas iguales, mas matarían que murieron, segun el lugar y corazón tenían. No se halló la imagen de nuestra Señora, que al principio de la rebelion no podían quitar; y Cortés puso fuego á las capillas y otras tres torres, en que se quemaron muchos ídolos. No perdieron coraje aunque perdieron la torre; con el cual, y por la quema de sus dioses, que al alma les llegó, hacían muchas arremetidas á la casa fuerte de los nuestros.

Rebusan los de Méjico las treguas que Cortés pidió.

Cortés, considerando la multitud de los enemigos, el ánimo, la porfía, y que ya los suyos estaban hartos de pelear, y aun ganosos de irse, si los indios los dejarán, tornó á requerir con la paz y á rogar á los mejicanos por treguas, diciéndoles que morían muchos y no mataban ninguno, y que las demandaba para que conoscesen su daño y mal consejo. Ellos, mas endurecidos que nunca, le respondieron que no querían paz con quien tanto mal les había hecho, matándoles sus hom-

bres y quemándoles sus dioses, ni menos querían treguas, pues no tenía agua ni pan ni salud; y que si morían, que también mataban y herían; ca no eran dioses ni hombres inmortales, para no morir como ellos; y que mirase cuánta gente parecía por las azoteas, torres y calles, sin tres tanta que estaba en las casas, y hallaría que mas áína se acabarían sus españoles muriendo uno á uno, que los vecinos de mil en mil ni de diez en diez mil; porque, acabados aquellos que veía, venían luego otros tantos, y tras aquellos, otros y otros; mas, acabado él y los suyos, que no venían mas españoles, y ya que ellos no los matasen con armas, se morirían de heridas y de sed y de hambre; y aunque ya quisiesen irse, no podrían, por estar deshechas las puentes, rompidas las calzadas, no teniendo barcas para ir por agua. En estas razones, que le dieron bien qué pensar y temer, les tomó la noche; y cierto la hambre sola, el trabajo y cuidado, los consumía, y consumiera sin otra guerra. Aquella noche se armaron los medios españoles, y muy tarde salieron, y como los contrarios no peleaban á tales horas, quemaron fácilmente trecientas casas en una calle. Entraron en algunas, y mataron los que dentro hallaron: quemáronse entre ellas tres azoteas cerca del fuerte, que les hacían daño. Los otros medios españoles adobaban los ingenios y reparaban la casa. Como les sucedió bien la salida, tornaron en amaneciendo á la calle y puente, do les desbarataron los ingenios; y aunque hallaron muy gran resistencia, como les iba la vida, que de la honra ya no hacían tanto caudal, ganaron muchas casas con azoteas y torres, que quemaron; ganaron asimesmo, de ocho puentes que tiene, las cuatro, aunque estaban tan fuertes con albarradas de lodo y adobes, que apenas los tiros derribarlas podían. Cegáronlas con los mesmos adobes y con la tierra, piedras y madera de lo derrocado; quedó guarda en lo ganado, y volviéronse al real con hartas heridas, cansancio y tristeza, porque mas sangre y ánimo perdían que tierra ganaban. Luego otro dia, por tener pasó á tierra, salieron, ganaron y cegaron las otras cuatro puentes de aquella mesma calle, y fueron veinte de caballo corriendo hasta tierra firme, tras los enemigos que huían; y estando Cortés cegando y allanando las puentes y malos pasos para los caballos, llegaron á le decir cómo estaban esperando muchos señores y capitanes que querían paz; por eso que fuese allá, y llevase un tlamacazque, que era de los sacerdotes principales, y estaba preso, para entender en los conciertos della. Cortés fué y lo llevó; tratóse de la paz, y el tlamacazque fué á que dejasen las armas y el cerco del real; empero no tornó. Todo era fingido y por ver qué ánimo tenían los nuestros, ó por cobrar el religioso, ó por descuidarlos. Con tanto, se fueron todos á comer, que era ya hora; mas no fué bien sentado Cortés á la mesa, cuando entraron ciertos de Tlaxcallán dando voces que los enemigos andaban con armas por la calle, y habían cobrado las puentes perdidas, y muerto los mas españoles que las guardaban. Salíó luego á la hora con los de caballo que mas á punto estaban, y algunos de á pié; rompió el cuerpo de los adversarios, que muchos eran, y siguiólos hasta tierra. A la vuelta, como los españoles de pié estaban heridos y cansados de pelear y guardar la calle, no pu-

dieron sostener el ímpetu y golpe de los muchos contrarios que sobre ellos cargaron, y que hinchieron tanto la calle, que áína no pudiera tornar á su aposento; y no solo estaba llena la calle de gente, mas aun había por agua muchas canoas, y los unos y otros apedrearon y agarrocharon los nuestros bravísimamente, é hirieron á Cortés muy mal en la rodilla, de dos pedradas, y luego anduvo la fama por toda la ciudad que le habían muerto, que no poco entresteció á los nuestros y alegró á los indios; mas él, aunque herido, animaba los suyos y daba en los enemigos. A la postrera puente cayeron dos caballos, y el uno se soltó, y embarazaron el paso á los que venían detrás. Revolvió Cortés sobre los indios, é hizo al tanto de lugar; y así, pasaron todos los de caballo, y el que fué postrero hubo de saltar con su caballo á muy gran trabajo y peligro, é fué maravilla que no le prendieron; diéronle con todo de pedradas; con que se recogió al real ya bien tarde. En cenando, envió algunos españoles á guardar la calle y ciertas puentes della, porque no las recobrasen los indios ni le fatigasen en casa la noche, que quedaban muy ufanos con el buen suceso del dia; aunque no acostumbran ellos, segun de suso dije, pelear la noche.

Cómo huyó Cortés de Méjico.

Cortés, viendo perdido el negocio, habló á los españoles para que se fuesen, y todos ellos holgaron mucho de oirlo; ca no había casi ninguno que herido no fuese. Tenían miedo de morir, aunque ánimo para morir; porque eran tantos indios, que aunque no hicieran sino degollarlos como á carneros, no bastaban. No tenían tanto pan, que se osasen hartar; no tenían pólvora ni pelotas ni almacén ninguno; estaba aporillada la casa, que no pocos se ocupaban en la guardar. Todas eran bastantes estas causas para desamparar á Méjico y amparar sus vidas; aunque, por otra parte, les parecía mal caso volver la cara al enemigo; que las piedras se levantan contra el que huye. Especialmente temían el pasar los ojos de la calzada por do entraron, que tenían quitadas las puentes; así que por un cabo los cercaban duelos y por otros quebrantos. Acordóse pues entre todos que se fuesen, y luego, aquella noche, que era la de Botello; el cual presumía de astrólogo, ó, como lo llamaban, de nigromántico, y que dijera muchos dias antes que si se salían de Méjico á cierta hora señalada de noche, que era esta, se salvarían, y si no, que no. Hora lo creyesen, hora no, todos, en fin, acordaron de irse aquella noche; y para pasar los ojos de la calzada hicieron una puente de madera, que pusiesen y quitasen. Esto es muy de creer, que todos se concertasen, y no lo que algunos dicen, que Cortés se partió los encerros atapados, y que se quedaron mas de doscientos españoles en el mesmo patio y real, sin saber de la partida; á quien después mataron, sacrificaron y comieron los de Méjico; pues de la ciudad no se podiera salir, cuanto mas de una misma casa. Cortés dice que se lo requirieron. Llamó Cortés á Juan de Guzman, su camarero, que abriese una sala do tenía el oro, plata, joyas, piedras, plumas y mantas ricas, para que delante los alcaldes y regidores tomasen el quinto del Rey sus tesoreros y oficiales, y dióles una yegua suya y

hombres que lo llevasen y guardasen; dijo asimismo que cada uno tomase lo que quisiese ó pudiese del tesoro, que él se lo daba. Los de Narvaez, hambrientos de aquello, cargaron de cuanto pudieran; mas caro les costó, porque á la salida, con la carga, no podían pelear ni andar; y así, los indios mataron muchos dellos, arrastraron y comieron. También los de caballo tomaron dello á las ancas; y en fin, todos llevaron algo, que mas habia de setecientos mil ducados; sino que, como estaban en joyas y piezas grandes, hacían gran volumen. El que menos tomó, libró mejor, ca fué sin embarazo y salvóse; y aunque algunos digan que se quedó allí mucha cantidad de oro y cosas, creo que no, porque los tlaxcaltecas y los otros indios dieron saco y se lo tomaron todo. Dió cargo Cortés á ciertos españoles, que llevasen á recado á un hijo y dos hijas de Moteczuma á Cacama, y otro su hermano y á otros muchos señores grandes que tenia presos. Mandó á otros cuarenta que llevasen el ponton, y á los indios amigos la artillería y un poco de centli que habia; puso delante á Gonzalo de Sandoval y Antonio de Quiñones; dió la rezaga á Pedro de Albarado, y él acudia á todas partes con hasta cien españoles; y así, con esta orden salieron de casa á media noche en punto, y con gran niebla, y muy calladito, por no ser sentidos, y encomendándose á Dios que los sacase con vida de aquel peligro y de la ciudad. Echó Cortés por la calzada de Tlacopan, que habian entrado, y todos le siguieron; pasaron el primer ojo con la puente que llevaban echiza. Las centinelas de los enemigos y las guardas del templo y ciudad sonaron luego sus caracoles, y dieron voces que se iban los cristianos; y en un salto, como no tienen armas ni vestidos que echar encima y los impidan, salió toda la gente tras ellos á los mayores gritos del mundo, diciendo: «¡Mueran los malos, muera quien tanto mal nos ha hecho!» Y así, cuando Cortés llegó á echar el ponton sobre el ojo segundo de la calzada, llegaron muchos indios que se lo defendían peleando; pero, en fin, hizo tanto, que lo echó y pasó con cinco de caballo y cien peones españoles, y con ellos aguijó hasta la tierra, pasando á nado las canales y quebradas de la calzada, que su puente de madera ya era perdida. Dejó los peones en tierra con Juan Jaramillo, y tornó con los cinco de caballo á llevar los demás, y á darles priesa que caminasen; pero cuando llegó á ellos, aunque algunos peleaban reciamente, halló muchos muertos. Perdió el oro, el fardaje, los tiros, los prisioneros; y en fin, no halló hombre con hombre ni cosa con cosa de como lo dejó y sacó del real. Recogió los que pudo, echólos delante, siguió tras ellos, y dejó á Pedro de Albarado á esforzar y recoger los que quedaban; mas Albarado no pudiendo resistir ni sufrir la carga que los enemigos daban, y mirando la mortandad de sus compañeros, vió que no podía él escapar si atendía, y siguió tras Cortés con la lanza en la mano, pasando sobre españoles muertos y caidos, y oyendo muchas lástimas. Llegó á la puente cabera, y saltó de la otra parte sobre la lanza; deste salto quedaron los indios espantados y aun españoles, ca era grandísimo, y que otros no pudieron hacer, aunque lo probaron, y se ahogaron. Cortés á esto se paró, y aun se sentó, y no á descansar, sino á hacer

duelo sobre los muertos y que vivos quedaban, y pensar y decir el baque que la fortuna le daba con perder tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino; y no solamente lloraba la desventura presente, mas temia la venidera, por estar todos heridos, por no saber adónde ir, y por no tener cierta la guarida y amistad en Tlaxcallan; y ¿quién no llorara viendo la muerte y estrago de aquellos que con tanto triunfo, pompa y regocijo entrado habian? Empero, porque no acabasen de perecer allí los que quedaban, caminando y peleando llegó á Tlacopan, que está en tierra, fuera ya de la calzada. Murieron en el desbarate desta triste noche, que fué á 10 de julio del año de 20 sobre 1500, cuatrocientos y cincuenta españoles, cuatro mil indios amigos, cuarenta y seis caballos, y creo que todos los prisioneros. Quien dice mas, quien menos; pero esto es lo mas cierto. Si esta cosa fuera de día, por ventura no murieran tantos ni hobiera tanto ruido; mas, como pasó de noche oscura y con niebla, fué de muchos gritos, llantos, alaridos y espanto; ca los indios, como vencedores, voceaban victoria, invocaban sus dioses, ultrajaban los caidos y mataban los que en pié se defendían. Los nuestros, como vencidos, maldecían su desastrada suerte, la hora y quien allí los trujo. Unos llamaban á Dios, otros á santa María, otros decían: «Ayuda, ayuda; que me alhago.» No sabia decir si murieron tantos en agua como en tierra, por querer echarse á nado ó saltar las quebradas y ojos de la calzada, y porque los arrojaban á ella los indios, no pudiendo apear con ellos de otra manera; y dicen que en cayendo el español en agua, era con él el indio, y como nadan bien, los llevaban á las barcas y donde querían, ó los desbarrigaban. También andaban muchas acalles á raíz de la calzada, peleando, que, como tiraban á bulto, daban á todos, aunque algo devisaban el vestido de los suyos, que parecia encamisada, y eran tantos los de la calzada, que se derribaban unos á otros en agua y á la tierra; y así, ellos se hicieron á sí mismos mas daño que los nuestros, y si no se detuvieran en despojar los españoles caidos, pocos ó ninguno dejaran vivos. De los nuestros tanto mas morían, cuanto mas cargados iban de ropa y de oro y joyas; ca no se salvaron sino los que menos oro llevaban y los que fueron delante ó sin miedo; por manera que los mató el oro y murieron ricos. Acabada que fué de pasar la calzada, no siguieron los indios nuestros españoles, ó porque se contentaron con lo hecho, ó porque no osaron pelear en lugar anchuroso, ó por se poner á llorar los hijos de Moteczuma, que aun hasta entonces nunca los habian conocido ni sabido que fuesen muertos. Grandes llantos y plañidos hicieron sobre ellos, mesándose las cabezas por los haber ellos muerto.

La batalla de Otumpan.

No sabían en Tlacopan, cuando los españoles llegaron, cuán rotos y huyendo iban, y los nuestros se remolinaron en la plaza por no saber qué hacer ni adónde ir. Cortés, que venia detrás para llevar todos los suyos delante, les dió priesa que saliesen al campo á lo llano, antes que los del pueblo se armasen y juntasen con mas de cuarenta mil mejicanos que, acabado el llanto, ve-

nian ya picándole. Tomó la delantera, echó delante los indios amigos que le quedaron, y caminó por unas labradas. Peleó hasta llegar á un cerro alto, donde estaba una torre y templo, que agora llaman por eso Nuestra Señora de los Remedios. Matáronle algunos españoles rezagados y muchos indios primero que arriba subiese; perdió mucho oro de lo que habia quedado; y fué harto librarse de la muchedumbre de enemigos, porque ni los veinte y cuatro caballos que le quedaron podían correr, de cansados y hambrientos; ni los españoles alzar los brazos ni piés del suelo, de sed, hambre, cansancio y pelear, ca en todo el día y la noche no habian parado ni comido. En aquel templo, que tenia razonable aposento, se fortaleció. Bebieron, pero no cenaron nada ó muy poco, y estuvieron á ver qué harían tantos indios que por al rededor estaban como en cerco, gritando y arremetiéndolo, y porque no tenían de comer; guerra peor que la de los enemigos. Hicieron muchos fuegos de la leña del sacrificio, y hacía la media noche, que sentidos no fuesen, se partieron. Mas como no sabían el camino, iban á tienta, sino que un tlaxcalteca los guió, y dijo que llevaría á su tierra si no lo impedían los de Méjico; y con tanto, comenzaron á caminar. Cortés ordenó su gente, puso los heridos y ropa que habia, en medio; los sanos y caballos repartió en vanguardia y retaguardia. No pudieron ir tan quedos, que no los sintieron las escuchas que cerca estaban; las cuales apellidaron luego y vino mucha gente, que los siguió solamente hasta el día. Cinco de caballo, que iban delante á descubrir, dieron en ciertos escudrones de indios que los aguardaban para robar, y que en viéndolos cuidaron venir allí todos los españoles, y huyeron. Mas reconociendo el poco número, pararon y juntáronse con los que atrás venían, y peleando los siguieron tres leguas, hasta que tomaron los nuestros una cuesta en que estaba otro templo con una buena torre y aposento, do se pudieron albergar aquella noche, mas no cenar. Al alba les dieron los indios un mal rebato; empero fué mas el temor que el daño. Partieron de allí, y fueron á un pueblo grande por fragoso camino, por el cual hicieron poco mal los caballos en los enemigos, y ellos no mucho en los nuestros. Los del lugar huyeron á otro, de miedo; y así, pudieron estar allí aquella y otra noche siguiente, descansar y curar los hombres y bestias; mataron la hambre, y llevaron provision, aunque no mucha, ca no habia quien. Partidos dende, los persiguieron infinidad de contrarios, que los acometían recio y fatigaban. Y como el indio de Tlaxcallan que guiaba no sabia bien el camino, iban fuera dél. Al cabo llegaron á una aldea de pocas casas, donde aquella noche durmieron. A la mañana prosiguieron su camino, y tras ellos siempre los enemigos, que los fatigaron todo el día. Hirieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza, ó porque no le curaron bien sacándole cascós, ó por el demasiado trabajo que pasó. Entróse á curar en un lugar yermo, y luego, porque no le cercasen, sacó dél su gente; y caminando, cargó tanta muchedumbre sobre él, y peleó tan recio, que hirieron cinco españoles y cuatro caballos, uno de los cuales se murió, y le comieron sin dejar, como dicen, pelo ni hueso. Tuviéronla por buena cena, aun-

HA.

que no tuvieren harto para entre tantos. No habia español que de hambre no pereziese. Dejó aparte el trabajo y heridas; cosas que cada una bastaba para los acabar; empero la nacion nuestra española sufre mas hambre que otra ninguna, y estos de Cortés mas que todos, que tiempo aun no tenían para coger yerbas de que comer basto. Luego otro día con la mañana se partieron de aquellas casas; y porque tenia temor de la mucha gente que parecia, mandó Cortés que los de caballo tomasen á las ancas los mas dolientes y heridos, y los no tanto, que de las colas y estribos se asiesen, ó hiciesen muletas y otros remedios para ayudarse y poder andar si no querían quedarse á dar buena cena á los enemigos. Valió mucho este aviso para lo que les avino, y aun tal español hubo que llevó á otro á cuestas, y lo salvó así. A una legua andada, en un llano salieron tantos indios á ellos, que cubrían el campo y que los cercaron á la redonda. Acosaron reciamente, y pelearon de tal suerte, que creyeron los nuestros ser aquel día el último de su vida; ca muchos indios hubo que osaron tomarse con los españoles brazo á brazo y pié con pié; y aunque gentilmente se los llevaban rastro, ora fuese por sobra de ánimo suyo, ora por falta en los nuestros, con los muchos trabajos, hambre y heridas, lástima era muy grande ver de aquella manera llevar á los españoles y oír las cosas que iban diciendo. Cortés, que andaba á una y otra parte confortando los suyos, y que muy bien veía lo que pasaba, encomendóse á Dios, llamó á san Pedro, su abogado, arremetió con su caballo por medio los enemigos, rompiólos, llegó al que traía el estandarte real de Méjico, que era capitán general, y dióle dos lanzadas, de que cayó y murió. En cayendo el hombre y pendon, abatieron las banderas en tierra, y no quedó indio con indio, sino que luego se derramaron cada uno por do mejor pudo, y huyeron, que tal costumbre en guerra tienen, muerto su general y abatido el pendon. Cobraron los nuestros coraje, siguiéronlos á caballo, y mataron infinitos dellos; tantos dicen, que no los oso contar. Los indios eran docientos mil, segun afirman, y el campo do esta batalla fué se dice de Otumpan. No ha habido mas notable hazaña ni vitoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear este día Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él, ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró á todos.

El acogimiento que hallaron los españoles en Tlaxcallan.

Habida la vitoria, y cansados de matar indios, se fueron Cortés y sus españoles á dormir á una casa puesta en llano, de la cual se parecían ciertas sierras de Tlaxcallan, que no poco los alegraron, aunque por parte les puso en cuidado si les serian amigos en tal tiempo hombres tan guerreros como los de allí; porque el desdichado, el vencido y que huye, ninguna cosa halla en su favor; todo le sale mal ó al revés lo que piensa y ha menester. Cortés aquella noche fué atalaya de los suyos; y no tanto por estar mas sano ó descansado que los compañeros, sino porque siempre queria que fuese igual el trabajo á todos, como era comun el daño y pérdida. Siendo de día caminaron por tierra llana derecho

á las sierras y provincia de Tlaxcallan. Pasaron por una fuente muy buena, dó se refrescaron, que segun los indios amigos dijeron, partia términos entre mejicanos y tlaxcaltecas. Fueron á Huacilipan, lugar de Tlaxcallan y de cuatro mil vecinos, donde muy bien recibidos fueron, y proveidos tres dias que en él estuvieron descansando y curándose. Algunos del pueblo no quisieron darles nada sin que se lo pagasen; empero los mas muy bien lo hicieron con ellos. Aquí vinieron Maxixca, Xicotencatl, Acxotecatl, y otros muchos señores de Tlaxcallan y Huexocinco, con cincuenta mil hombres de guerra, los cuales iban á Méjico á socorrer los españoles, sabiendo las revueltas, y no la salida, daño y pérdida que llevaban. Otros dicen que sabiendo cómo venian destrozados y huyendo, los salieron á consolar y á convidar á su pueblo, de parte de la república. En fin, ellos mostraron pena de verlos así, y placer por hallarlos allí. Lloraban y decian: «Bien vos lo dijimos y avisamos, que mejicanos eran malos y traidores, y no lo creistes; pésanos de vuestro mal y desastre. Si quereis, vamos allá, y vengamos esta injuria y las pasadas, y las muertes de vuestros cristianos y de nuestros ciudadanos; y si no, id vos con nosotros, que en nuestras casas os curaremos.» Cortés se alegró grandemente de hallar aquel amparo y amistad en tan buenos hombres de guerra; lo que venia dudando. Agradeciósles, como era razon, su venida y voluntad; dióles de las joyas que quedaron, algunas; díjoles que tiempo habria para empleallos contra los de Méjico, y que al presente era necesario curar los enfermos. Aquellos señores le rogaron que, pues no queria tornar á Méjico, les dejase salir á combatir con los de Culúa, que aun andaban muchos por allí, dicen que mas por robar que por otra cosa. Él les dió algunos españoles que sanos ó poco heridos estaban; con que fueron, pelearon, y mataron muchos dellos, y de ahí adelante no parecieron mas los enemigos. Luego se partieron muy alegres y vitoriosos á su ciudad, y tras ellos los nuestros. Sacáronles al camino de comer, á lo que dicen, veinte mil hombres y mujeres; pienso que los mas salieron por verlos; tanto era el amor y afición que les tenían; ó por saber de los suyos que habian ido á Méjico, mas pocos tornaban. En Tlaxcallan fueron bien recibidos y tratados; ca Maxixca dió su casa y cama á Cortés, y á los demás españoles hospedaron los caballeros y principales personas de la ciudad, y les hicieron mil regalos; de los cuales tanto mas gozaron, cuanto mas destrozados venian; y creo que no habian dormido en camas quince dias atrás. Mucho se debe á los de Tlaxcallan por su lealtad y ayuda, especialmente á Maxixca, que arrojó por las gradas abajo del templo mayor á Xicotencatl, porque aconsejó al pueblo que matasen los españoles para reconciliarse con mejicanos; é hizo dos oraciones, una á los hombres y otra á las mujeres, en favor de los españoles, diciendo que no habian comido sal ni vestido algodón en muchos años, sino después que ellos eran sus amigos. Tambien se preciaban mucho ellos mismos de aquesto, y de la resistencia y batalla que dieron á Cortés en Teacacincinco; y así, cuando hacen fiestas ó reciben algun virey, salen al campo sesenta ó setenta mil dellos á escaramuzar, y pelean como pelearon con él.

El requerimiento que los soldados hicieron á Cortés.

Habia Cortés dejado allí en Tlaxcallan, al tiempo que se partió á Méjico á verse con Moteczuma, veinte mil pesos de oro, y aun mas que, después de sacado y enviado el quinto al Rey con Montejo y Portocarrero, se quedaron sin repartir, con las cortesías que hubo entre él y los compañeros. Dejó tambien las mantas y cosas de pluma, por no llevar aquel embarazo y carga adonde no era menester, y dejólo allí por ver cuán amigos y buenos hombres eran aquellos; y á efeto que, si en Méjico no le faltasen dineros, de enviarlos á la Veracruz á repartir entre los españoles que allí quedaban por guarda y pobladores, pues era razon darles parte de lo que hubiesen. Cuando después tornó con la vitoria de Narvaez, escribió al capitán que enviase por aquella ropa y oro, y lo repartiase entre sus vecinos, á cada uno como merecia. El capitán envió por ello cincuenta españoles con cinco caballos, los cuales á la vuelta fueron presos con todo el oro y ropa, y muertos á manos de gente de Culúa, que con la venida y palabras del Pánfilo anduvieron levantados y robando muchos dias. Mucho sintió Cortés, cuando lo supo, tanta pérdida de españoles y de oro. Y temiendo no les hubiese entrevenido algun semejante mal ó guerra á los españoles de Veracruz, envió luego allá un mensajero; el cual, como volvió, dijo que todos estaban sanos y buenos, y los comarcanos seguros y pacíficos; de que muy gran contentamiento tuvo Cortés, y aun los demás, que deseaban ir allá, y él no les dejaba; por lo cual todos bramaban y murmuraban dél diciendo: «¿Qué piensa Cortés? Qué quiere hacer de nosotros? ¿Por qué nos quiere tener aquí, donde muramos mala muerte? ¿Qué le merecemos para que no nos deje ir? Estamos descalabrados, tenemos los cuerpos llenos de heridas, podridos, con llagas, sin sangre, sin fuerza, sin vestidos; vémonos en tierra ajena, pobres, flacos, enfermos, cercados de enemigos, y sin esperanza ninguna de subir donde caimos. Harto locos sandios seriamos si nos dejásemos meter en otro semejante peligro como el pasado. No queremos morir locamente como él, que con la insaciable sed que de gloria y mando tiene, no estima su muerte, cuanto mas la nuestra, y no mira que le faltan hombres, artillería, armas y caballos, que hacen la guerra en esta tierra, y que le faltará la comida, que es lo principal. Yerra, y de verdad mucho lo yerra, en confiarse destos de Tlaxcallan, gente, como todos los indios son, liviana, mudable, de novedades amiga, y que querrá mas á los de Culúa que á los de España; y que si bien agora disimulan y temporizan con él, en viendo ejército de mejicanos, sobre sí, nos entregarán vivos á que nos coman y sacrifiquen; ca cierto es que nunca pega bien ni dura amistad entre personas de diferente religion, traje y lenguaje.» Tras estas quejas, hicieron un requerimiento á Cortés en forma, de parte del Rey y en nombre de todos, que sin poner excusa ni dilacion saliese luego de allí, y se fuese á la Veracruz antes que los enemigos atajasen los caminos, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y se quedasen ellos allí aislados y vendidos; pues que muy mejor aparejo podia tener allá para rehacerse si queria tornar sobre Méjico, ó para embarcarse

si necesario fuese. Algo turbado y confuso se halló Cortés con este requerimiento, y con la determinación que tenían, conoció que todo era por sacarlo de allí, y después hacer dél lo que quisiesen; y como iba muy fuera de su propósito, respondiósles así.

Oración de Cortés en respuesta del requerimiento.

«Yo, señores, haria lo que me rogais y mandais, si os cumpliese; ca no hay ninguno de vosotros, quanto mas todos juntos, por quien no ponga mi hacienda y vida si lo ha menester, pues á ello me obligan cosas que, si no soy ingrato, jamás las olvidaré. Y no penseis que no haciendo esto que abincadamente pedis desminuyo ó desprecio vuestra autoridad, pues muy cierto es que con hacer al contrario la engrandezco y le doy mayor reputación; porque yéndonos se acabaria, y quedando, no solo se conserva, mas se acrecienta. ¿Qué nación de las que mandaron el mundo no fué vencida alguna vez? Qué capitán, de los famosos digo, se volvió á su casa porque perdiese una batalla ó le echasen de algun lugar? Ninguno ciertamente; ca si no perseverara no saliera vencedor ni triunfara. El que se retira, huyendo parece que va, y todos le chillan y persiguen; al que hace rostro, muestra ánimo y está quedo, todos le favorecen ó temen. Si nos salimos de aquí pensarán estos nuestros amigos que de cobardes lo hacemos, y no querrán mas nuestra amistad; y nuestros enemigos, que de medrosos; y así, no nos temerán, que seria harto menoscabo de nuestra estimación. ¿Hay alguno de nosotros que no tuviese por afrenta si le dijese que huyó? Pues cuantos mas somos tanto mayor vergüenza seria. Maravillome de la grandeza de vuestro invencible corazón en batallar, que sois ser codiciosos de guerra cuando no la teneis, y bulliciosos teniéndola; y agora que se vos ofrece tal y tan justa y tan loable, la rehusais y temeis: cosa muy ajena de españoles y muy fuera de vuestra condición. ¿Por ventura la dejais porque á ella os llama y convida quien mucho blasona del arnés y nunca se le viste? Nunca hasta aquí se vió en estas Indias y Nuevo-Mundo, que españoles atrás un pié tornasen por miedo, ni aun por hambre ni heridas que tuviesen, y ¿quereis que digan: «Cortés y los suyos se tornaron estando seguros, hartos y sin peligro»? Nunca Dios tal permita. Las guerras mucho consisten en la fama; pues ¿qué mayor que estar aquí en Tlaxcallan, á despecho de vuestros enemigos, y publicando guerra contra ellos, y que no osen venir á enojaros? Por donde podeis conocer cómo estáis aquí mas seguros y fuertes que fuera de aquí. Por manera que en Tlaxcallan teneis seguridad, fortaleza y honra; y sin esto, todo buen aparejo de medicinas necesarias y convenientes á vuestra cura y salud, y otros muchos regalos con que cada día is de mejoría, que callo, y que donde nacistes no los ternades tales. Yo llamaré á los de Cozacacoalco y Almería, y así seremos muchos españoles; y aunque no viniesen, somos hartos; que menos éramos cuando por esta tierra entramos, y ningun amigo teniamos; y como bien sabeis, no pelea el número, sino el ánimo; no venen los muchos, sino los valientes. E yo he visto que uno desta compañía ha desbaratado un ejército, como hizo Jonatás, y muchos, que cada uno por sí ha vencido

mil y diez mil indios, segun David contra los filisteos. Caballos presto me vernán de las islas; armas y artillería luego traerémos de la Veracruz; que hay harta y está cerca. De las vituallas perded temor y cuidado, que yo proveeré abundantísimamente; quanto mas que siempre siguen ellas al vencedor y que señorea el campo, como harémos nosotros con los caballos. Por los desta ciudad, yo fiador que os sean leales, buenos y perpetuos amigos, que así me lo prometen y juran. Y si otra cosa quisiesen, ¿cuándo mejor tiempo ternán que han tenido estos dias, que yaciamos dolientes en sus camas y propias casas, solos, mancos y, como decis, podridos; los cuales no solamente os ayudarán como amigos, empero tambien os servirán como criados; que mas quieren ser vuestros esclavos que súbditos de mejicanos: tanto odio les tienen, y á vosotros tanto amor. Y porque veais ser esto y todo lo que dicho tengo, así quiero probarlos y probaros contra los de Tepeacac, que mataron los otros dias doce españoles; y si mal nos sucediere la ida, haré lo que pedis; y si bien, haréis lo que os ruego.»

Con esta plática y respuesta perdieron el antojo que de irse de Tlaxcallan á la Veracruz tenían, y dijeron que harian cuanto mandase. La causa dello debió ser aquella esperanza que les puso para después de la guerra de Tepeacac; ó mejor diciendo, porque nunca el español dice á la guerra de no, que lo tiene por deshonra y caso de menos valer.

La guerra de Tepeacac.

Quedó Cortés muy descansado con esto, y libre de aquel cuidado que tanto le fatigaba; y verdaderamente, si él hiciera lo que los compañeros querian, nunca recobrará Méjico, y ellos fueran muertos por el camino, ca tenían malos pasos de pasar, é ya que pasaran, tampoco repararan en la Veracruz, sino fueranse, como tenían la intención, á las islas; y así, Méjico se perdiera de veras, y Cortés quedara destruido y con poca reputación. Mas él, que muy bien lo entendió, tuvo el esfuerzo y cordura que contado habemos. Cortés curó de sus heridas y los compañeros tambien de las suyas. Algunos españoles murieron por no haber curado á los principios las llagas, dejándolas sucias ó sin atar, y de flaqueza y trabajo, segun cirujanos decian. Otros quedaron cojos, otros mancos, que no chica lástima y pérdida era. Los mas, en fin, guarecieron y sanaron muy bien; y así, pasados veinte dias que allí llegaron, ordenó Cortés de hacer guerra á los de Tepeacac ó Tepeacac, pueblo grande y no léjos, porque habian muerto doce españoles que venian de la Veracruz á Méjico, y porque siendo de la liga de Culúa, les ayudaban mejicanos, y hacian daño en tierra de Tlaxcallan, como decia Xicotencatl. Rogó á Maxixca y á otros señores de aquellos, que se fuesen con él. Ellos lo comunicaron con la república, y á consejo y voluntad de todos, le dieron mas de cuarenta mil hombres de pelea, y muchos tamemes para cargar, y con bastimentos y otras provisiones. Fué pues con aquel ejército y con los caballos y españoles que pudieron caminar. Requiriósles que, en satisfacción de los doce españoles, fuesen sus amigos, obedeciesen al Emperador, y no